

Arthur C. Clarke

ALCANZA EL MAÑANA

Un ejemplo del entretenimiento y
el estímulo intelectual que la ciencia ficción
de alta calidad puede ofrecer.



En esta selección de doce cuentos, Arthur C. Clarke, el consagrado autor de *2010*, *Odisea dos*, *Cita con Rama* y *Regreso a Titán* propone un excelente ejemplo del entretenimiento y el estímulo intelectual que la ciencia-ficción de alta calidad puede ofrecer, y aborda diferentes temas con singular maestría.

Un obsesionante, irónico y elaborado relato sobre el futuro remoto.

Otro breve relato de terror en un planeta de alguna distante galaxia.

Un ingenioso juego sobre la posibilidad de la existencia de más de tres o cuatro dimensiones.

Intriga y humor en las peculiaridades de la matemática celeste.

A Scott Meredith, por vender todos estos cuentos, al
menos una vez.

Prefacio

«Alcanza el mañana» es mi segunda colección de cuentos cortos publicados por primera vez en 1956.

La mayoría de estos cuentos fue escrita entre 1945 y 1950, en el primer albor de la Era Atómica. Como un ejemplo de cuán difícil es para el escritor de ciencia-ficción mantenerse adelantado a los hechos, ya ha sido realizado el imaginario descubrimiento descrito en «La flecha del tiempo». Si se visita el Museo de Historia Natural de Nueva York, se pueden ver las huellas fosilizadas de un dinosaurio persiguiendo a otro.

Cuando escribí «Error técnico», hace más de veinte años, la idea de que esa curiosidad de laboratorio que era la superconductividad pudiera ser alguna vez usada para aplicaciones comerciales, parecía rebuscada. Pero ya están construyéndose las primeras grandes máquinas que trabajan sobre este principio y, citando el «Science Journal» de abril de 1969, «están destinadas a causar una gran revolución en la industria de la energía eléctrica dentro de los próximos diez años».

Las peculiaridades de la mecánica celeste, que forman la base de «Júpiter Cinco», son mucho más conocidas ahora que en los tempranos años de la década de los cincuenta, que fue cuando la escribí; son los verdaderos cimientos de las técnicas de encuentro orbital. Por derecho propio, este cuento debería ser dedicado al profesor George McVittie, en otro tiempo mi tutor en Matemática aplicada, si bien debo apresurarme en agregar que no tiene el menor parecido con el profesor del cuento.

Si no me falla la memoria, he escrito sólo dos cuentos basados en ideas sugeridas por otras personas. Uno de ellos es «Los poseídos», y por este medio confieso mi agradecimiento a Mike Wilson, que puede compartir su parte de culpa.

PARTIDA DE RESCATE

¿De quién era la culpa? Durante tres días, los pensamientos de Alveron habían vuelto sobre aquella cuestión y todavía no les había encontrado respuesta. Una criatura de una raza menos civilizada, o menos sensible, nunca hubiera dejado torturar su mente con eso y se habría satisfecho con la seguridad de que nadie podía ser responsable de los avatares del destino. Pero Alveron y su especie habían sido los señores del Universo desde el alba de la historia, desde aquélla tan lejana época en que la Barrera del Tiempo había sido envuelta alrededor del cosmos por los desconocidos poderes que yacían más allá del Principio. A ellos les fue dado todo el conocimiento; y con el conocimiento infinito iba la responsabilidad infinita. Si había equivocaciones y errores en la administración de la Galaxia, la culpa recaía sobre la cabeza de Alveron y su gente. Y esto no era una mera equivocación: era una de las mayores tragedias de la historia.

La tripulación todavía no sabía nada. Aún a Rugon, su mejor amigo y lugarteniente del capitán de la nave, se le había dicho sólo una parte de la verdad. Pero ahora los sentenciados mundos yacían a menos de un billón de millas. En unas pocas horas aterrizarían en el tercer planeta.

Alveron leyó una vez más el mensaje de la Base; entonces, con el latigazo de un tentáculo que ningún ojo humano podría haber seguido, apretó el botón de «Alerta General». A través de todo el cilindro de una milla de largo que era la nave de Vigilancia Galáctica S9000, criaturas de muchas ra-

zas abandonaron su trabajo para escuchar las palabras de su capitán.

—Sé que han estado preguntándose —comenzó Alveron— por qué nos han ordenado abandonar nuestro patrullaje y proceder con tal aceleración hacia esta región del espacio. Algunos de ustedes pueden darse cuenta de lo que significa esta aceleración. Nuestra nave está en su viaje final: los generadores han estado funcionando durante sesenta horas a Sobrecarga Final. Tendremos mucha suerte si volvemos a la Base por nuestros propios medios.

»Nos estamos aproximando a un sol que está a punto de volverse nova. La detonación ocurrirá en siete horas, con una incertidumbre de una hora, dejándonos un máximo de sólo cuatro horas para la exploración. En el sistema que va a ser destruido hay diez planetas y hay una civilización en el tercero. El hecho fue descubierto sólo hace unos pocos días. Es nuestra trágica misión ponernos en contacto con esa raza sentenciada y, si es posible, salvar a alguno de sus miembros. Sé que es poco lo que podemos hacer en tan corto lapso y con una sola nave. Ninguna otra máquina podría alcanzar el sistema antes de que ocurra la detonación». Hubo una larga pausa, durante la cual no podría haber habido sonido o movimiento alguno en toda la poderosa nave, que se aceleraba silenciosamente hacia los mundos de adelante. Alveron sabía qué estaban pensando sus compañeros y trató de contestar a su no formulada pregunta.

—Se preguntarán cómo se ha permitido que ocurra tal desastre, el peor de los que tenemos registro. Pero les puedo asegurar una cosa. El fallo no reside en esta nave. Como ya saben, con nuestra actual flota de menos de doce mil naves es posible reexaminar cada uno de los ocho millones de sistemas solares de la Galaxia, a intervalos de casi un millón de años. La mayoría de los mundos cambia muy poco en tan corto tiempo.

»Menos de cuatrocientos mil años atrás, la nave de inspección S5060 examinó los planetas del sistema al que nos estamos aproximando. No encontró inteligencia en ninguno de ellos, pese a que el tercer planeta abundaba en vida animal y que otros dos mundos habían sido alguna vez habitados. Se presentó el informe habitual, y el sistema estará apto para su próximo examen en seiscientos mil años». Ahora parece que en el increíblemente corto período de tiempo desde la última inspección ha aparecido vida inteligente en el sistema. El primer indicio de esto tuvo lugar cuando desconocidas señales de radio fueron detectadas en el planeta Kulath, en el sistema X 29.35, Y 34.76, Z 27.93. Se tomaron sus coordenadas: provenían del sistema al que nos dirigimos.

»Kulath está a doscientos años luz de aquí; por tanto, aquellas ondas de radio han estado en camino durante dos siglos. Por consiguiente, al menos durante este tiempo, ha existido una civilización en uno de estos mundos, una civilización que puede generar ondas electromagnéticas y todo lo que eso implica.

»Se hizo un inmediato examen telescópico del sistema y entonces se encontró que el Sol estaba en el inestable estado de prenova. La detonación podría ocurrir en cualquier momento y ciertamente podría haber tenido lugar mientras las ondas de luz estaban en camino a Kulath.

»Hubo un pequeño retraso mientras las antenas direccionales de supervelocidad de Kulath II se enfocaban en el sistema. Ellas demostraron que la detonación todavía no había ocurrido, pero que faltaban pocas horas. Si Kulath hubiera estado una fracción de año luz más lejos de este sol, nunca nos habríamos enterado de esta civilización hasta que hubiera cesado de existir.

»El administrador de Kulath se puso inmediatamente en contacto con la Base del Sector y se me ordenó dirigirme hacia el sistema al instante. Nuestro objetivo es salvar a todos los miembros que podamos de la raza sentenciada, si

todavía queda alguno. Pero hemos supuesto que una civilización que posee radio debe haberse protegido contra cualquier elevación de temperatura que ya podría haber ocurrido». Esta nave y los dos módulos explorarán una sección del planeta, cada uno. El comandante Torkalee cogerá el Número Uno y el comandante Orostron el Número Dos. Tendrán menos de cuatro horas para explorar este mundo. Al finalizar este lapso deberán estar de vuelta en la nave. Esta partirá en ese momento, con o sin ellos. Inmediatamente daré detalladas instrucciones a los dos comandantes en el cuarto de control.

»Eso es todo. Entraremos en la atmósfera en dos horas».

Sobre el mundo conocido en un tiempo como Tierra, los fuegos se extinguían: ya no había nada que quemar. Los grandes bosques que habían barrido el planeta como una marejada con la muerte de las ciudades, no eran ahora más que resplandeciente carbón de leña, y el humo de sus piras funerarias aún manchaba el cielo. Pero las últimas horas estaban todavía por venir porque las rocas de la superficie todavía no habían comenzado a fluir. Los continentes eran apenas visibles a través de la humareda, pero sus contornos no significaban nada para los observadores de la nave que se acercaba. Las cartas que ellos poseían estaban atrasadas en más de una docena de Eras Glaciales y en más de un diluvio.

La S9000 había pasado por Júpiter y había visto inmediatamente que no podía haber vida en aquellos semigaaseos océanos de hidrocarburos comprimidos, ahora en furiosa erupción bajo el anormal calor solar. Habían omitido Marte y los planetas exteriores, y Alveron comprendió que los mundos más cercanos al Sol que la Tierra ya estarían fundiéndose. Era más que probable, pensó tristemente, que ya hubiera terminado la tragedia de esta raza desconocida. En lo profundo de su corazón pensó que quizá fuera

mejor así. La nave podrá llevar sólo unos pocos cientos de supervivientes y el problema de la selección le había estado obsesionando.

Rugon, jefe de comunicaciones y lugarteniente del capitán, entró en el cuarto de control. Durante la última hora se había esforzado en detectar radiación proveniente de la Tierra, pero en vano.

—Es muy tarde —anunció lóbregamente—. He recorrido todo el espectro y el éter está muerto, excepto nuestras propias estaciones y algunos programas de Kulath de hace doscientos años. Ya no hay nada que esté irradiando en este sistema. Se movió hacia la gigante pantalla de visión con un movimiento fluido y gracioso, que ningún simple bípedo podría siquiera desear imitar. Alveron no dijo nada; había estado esperando esta noticia.

Una pared entera del cuarto de control fue ocupada por la pantalla, un gran rectángulo blanco que daba una impresión de profundidad casi infinita. Tres de los delgados tentáculos de control de Rugon, inútiles para el trabajo pesado, pero increíblemente veloces en cualquier manipulación, aletearon sobre los diales selectores y la pantalla se encendió con mil puntos luminosos. El campo de la estrella fluyó rápidamente mientras Rugon ajustaba los controles, haciendo que el proyector se enfocara sobre el mismo Sol. Ningún hombre sobre la tierra hubiera reconocido la monstruosa figura que llenaba la pantalla. La luz del Sol ya no era blanca: grandes nubes azul-violáceas cubrían la mitad de su superficie, y de ellas, largos gallardetes de llamas estallaban hacia el espacio. En un punto, una enorme prominencia se había elevado fuera de la fotosfera, casi hasta penetrar en los vacilantes velos de la corona. Era como si un árbol de fuego hubiera echado raíces en la superficie del Sol, un árbol que se erguía a medio millón de millas de altura y cuyas ramas eran ríos de llamas que barrían el espacio a cientos de millas por segundo.

—Supongo —dijo Rugon— que están bastante satisfechos con los cálculos de los astrónomos. Después de todo...

—Oh, estamos perfectamente a salvo —dijo Alveron con fiadamente—. He hablado al Observatorio de Kulath y han estado haciendo unas verificaciones adicionales a través de nuestros propios instrumentos. Esa incertidumbre de una hora incluye un margen secreto de seguridad, que no me dirán, en caso de que me sienta tentado a permanecer más tiempo.

Echó una ojeada al panel de instrumentos.

—El piloto ya nos debería haber hecho penetrar en la atmósfera. Encienda la pantalla y enfóquela sobre el planeta, por favor. ¡Ah, allá van!

Hubo una repentina vibración a mis pies y un bronco sonar de alarmas, acallado instantáneamente. A través de la pantalla de visión se vio que dos delgados proyectiles se zambullían hacia la creciente masa de la Tierra. Viajaron juntos unas pocas millas, luego se separaron y uno se desvaneció abruptamente, mientras penetraba en la sombra del planeta.

Lentamente, la inmensa nave madre, con su enorme volumen, descendió después de ellos en la furiosa tormenta que estaba precipitándose en las ciudades desiertas del Hombre.

Era de noche en el hemisferio sobre el que Orostron ejercía su pequeño mando. Como Torkalee, su misión era fotografiar, grabar e informar los progresos a la nave madre. El pequeño módulo explorador no tenía lugar para especímenes o pasajeros. Si se hiciera contacto con los habitantes de este mundo, la S9000 acudiría inmediatamente. No habría tiempo para negociar. Si hubiera algún problema, el rescate sería por la fuerza y las explicaciones podrían llegar después.

La arruinada región que yacía debajo estaba bañada por una imponente y vacilante luz, ya que un despliegue crepuscular descargaba su furia sobre la mitad del mundo. Pero la imagen de la pantalla de visión era independiente de la luz exterior y mostraba claramente un campo de rocas estériles que parecían no haber conocido nunca alguna forma de vida. Presumiblemente este desierto debía terminarse en algún lugar. Orostron aumentó la velocidad hasta el valor más alto que podía arriesgar en una atmósfera tan densa.

La máquina huyó a través de la tormenta y ahora el desierto comenzó a trepar hasta el cielo. Delante yacía una gran cordillera, perdidos sus picos en las nubes cargadas de humo. Orostron dirigió las antenas hacia el horizonte y la línea montañosa pareció de golpe muy cercana y amenazadora en la pantalla de visión. Comenzó a ascender rápidamente. Era difícil imaginarse un terreno menos prometedor para encontrar civilización, y se preguntó si no sería prudente cambiar de curso. Decidió que no. Cinco minutos más tarde tuvo su recompensa.

Algunas millas debajo yacía una montaña decapitada, su cúspide completamente cortada por alguna tremenda hazaña ingenieril. Por encima de la roca y a horcajadas sobre la meseta artificial había una intrincada estructura de barrotes metálicos soportando masas de maquinarias. Orostron detuvo su nave y descendió en espiral hacia la montaña.

La leve interferencia producida por el efecto Doppler ya se había desvanecido y la imagen se recortaba claramente sobre la pantalla. El reticulado sostenía algunas hileras de grandes espejos metálicos que apuntaban al cielo, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con la horizontal. Eran levemente cóncavos y cada uno poseía en su foco un complicado mecanismo. Parecía haber algo impresionante y significativo en esta formación; cada espejo apuntaba precisamente al mismo lugar del cielo... o más allá.

Orostron se dirigió a sus colegas.

—Me parece que es una especie de observatorio —dijo—. ¿Has visto alguna vez algo como eso?

Klarten, una criatura multitentaculada y trípoda, proveniente de un racimo globular del borde de la Vía Láctea, tenía una teoría diferente.

—Ése es un equipo de comunicación. Aquellos reflectores son para enfocar rayos electromagnéticos. Ya he visto antes el mismo tipo de instalaciones en un centenar de mundos. Incluso podría ser la estación que recogió Kula-th..., pese a que es bastante improbable, porque los rayos serían demasiado estrechos para espejos de ese tamaño.

—Eso explicaría el hecho de que Rugon no pudiera detectar radiación antes de que aterrizáramos —agregó Hansur II, uno de los mellizos provenientes del planeta Thargon.

Orostron no estaba de acuerdo en absoluto.

—Si aquello es una estación de radio, debe haber sido construida para comunicación interplanetaria. Miren la forma en que están orientados los espejos. No creo que haya podido cruzar el espacio una raza que ha conocido la radiocomunicación sólo dos siglos antes. A mi pueblo le llevó seis mil años.

—Nosotros lo conseguimos en tres —dijo Hansur II con indiferencia, hablando unos pocos segundos antes que su gemelo. Antes que la inevitable discusión pudiera desplegarse, Klarten comenzó a mover los tentáculos excitadamente. Mientras los otros hablaban, él había encendido el monitor automático.

—¡Aquí está! ¡Escuchen!

Movió una perilla y el pequeño cuarto se llenó con un sonido bronco y quejoso, que cambiaba de altura continuamente, reteniendo, sin embargo, ciertas características que eran difíciles de definir.

Los cuatro exploradores escucharon con atención durante un minuto; luego Orostron dijo:

—¡Seguro que ésa no es ninguna forma de lenguaje! ¡Ninguna criatura puede producir sonidos con tanta rapidez! Hansur I había llegado a la misma conclusión. —Eso es un programa de televisión. ¿No crees así, Klarten?

Los otros estaban de acuerdo.

—Sí, y cada uno de esos espejos parecen estar emitiendo un programa diferente. Me pregunto a dónde irán. Si estoy en lo cierto, uno de los otros planetas del sistema debe estar en la línea de esos rayos. Podemos verificarlo inmediatamente.

Orostron llamó a la S9000 e informó del descubrimiento. Tanto Rugon como Alveron estaban muy excitados e hicieron una rápida verificación de los registros astronómicos.

El resultado fue sorprendente... y desalentador. Ninguno de los otros nueve planetas se encontraba a lo largo de la línea de transmisión.

Los inmensos espejos parecían apuntar ciegamente hacia el espacio.

Sólo una conclusión se podía sacar, y Klarten fue el primero en proclamarla.

—Tuvieron comunicación interplanetaria —dijo—. Pero ahora la estación debe estar desierta y los transmisores sin control. No fueron desconectados y ahora apuntan al mismo lugar que cuando los abandonaron.

—Bueno, lo averiguaremos pronto —dijo Orostron—. Voy a aterrizar.

Lentamente llevó la máquina hacia los grandes espejos metálicos y los sobrepasó, hasta que se detuvo sobre la roca. Cien yardas más allá, un blanco edificio de piedra serpenteaba bajo la masa de las vigas de acero. No tenía ventanas, pero había varias puertas en la pared, unas frente a otras.

Orostron observó a sus compañeros trepar a sus trajes protectores y deseó poder seguirlos. Pero alguien debía permanecer en la máquina para mantenerse en contacto con la nave madre. Ésas fueron las instrucciones de Alve-

ron, y eran muy prudentes. Uno nunca sabía lo que podría suceder en un mundo que era explorado por primera vez, y especialmente bajo condiciones como éstas.

Con suma cautela, los exploradores salieron de la compuerta hermética y ajustaron el campo antigraavitatorio de sus trajes. Entonces, cada uno con el medio de locomoción propio de su raza, la pequeña partida avanzó hacia el edificio, los gemelos Hansur delante y Klarten siguiéndoles de cerca. Su control de gravedad parecía tener problemas porque, repentinamente, se cayó al suelo, para diversión de sus colegas. Orostron les vio detenerse unos instantes frente a la puerta más cercana; ésta se abrió lentamente y les perdió de vista.

Así esperó Orostron, todo lo pacientemente que pudo, mientras la tormenta crecía a su alrededor y en el cielo la luz de la aurora se hacía aún más brillante. A las horas convenientes llamó a la nave madre y recibió breves instrucciones de Rugon. Se preguntó cómo le iría a Torkalee en la otra mitad del planeta, pero no pudo contactar con él a través de los estallidos y los truenos de la interferencia solar.

Klarten y los Hansur no tardaron en descubrir que sus teorías eran correctas. El edificio era una estación de radio y estaba totalmente desierto. Consistía en una sala tremendamente grande, con unas pocas oficinas pequeñas que convergían hacia ella. En la estancia principal se extendían, fila tras fila, equipos eléctricos; las luces centelleaban y pestañeaban en cientos de paneles de control y un brillo opaco llegaba de los elementos de una gran avenida de tubos de vacío.

Pero Klarten no estaba impresionado. El primer equipo de radio que construyera su raza estaba ya fosilizado en estratos de mil millones de años de antigüedad. El Hombre, que había poseído máquinas eléctricas durante unos pocos siglos, no podía competir con aquellos que las conocieron durante la mitad de la vida de la Tierra.